

La vía chilena al socialismo 50 años después

Tomo I. Historia

**Robert Austin Henry, Joana Salém Vasconcelos
y Viviana Canibilo Ramírez**
(compilación)

OCHOLIBROS



CLACSO

Austin Henry, Robert. *La vía chilena al socialismo: 50 años después* / Robert Austin Henry; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez; compilado por Austin Henry, Robert; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: [descarga](#)

ISBN 978-987-722-769-7

1. Historia. 2. Historia de Chile. I. Salém Vasconcelos, Joana. II. Canibilo Ramírez, Viviana. III. Título.

CDD 983

La vía chilena al socialismo: 50 años después Vol. I / Kemy Oyarzún V. ... [et al.]; compilado por Robert Austin Henry; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez; prefacio de Faride Zerán; Marcelo Arredondo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: [descarga](#)

ISBN 978-987-722-770-3

1. Historia. 2. Historia de Chile. I. Oyarzún V., Kemy. II. Austin Henry, Robert, comp. III. Salém Vasconcelos, Joana, comp. IV. Canibilo Ramírez, Viviana, comp. V. Zerán, Faride, pref. VI. Arredondo, Marcelo, pref.

CDD 983



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

Equipo Editorial

María Fernanda Pampín - Directora Adjunta de Publicaciones

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

María Leguizamón - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

La vía chilena al socialismo. 50 años después. Tomo I: Historia (Buenos Aires: CLACSO, noviembre de 2020).

Obra general ISBN 978-987-722-769-7

Tomo I ISBN 978-987-722-770-3

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

El contenido de este libro expresa la posición de los autores y autoras y no necesariamente la de los centros e instituciones que componen la red internacional de CLACSO, su Comité Directivo o su Secretaría Ejecutiva.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Índice

Prefacio. Otra vez el pueblo 11
Faride Zerán

Yo no voy a renunciar 15
Marcelo Arredondo

Agradecimientos 17
Los compiladores

La vía chilena al socialismo. 50 años después..... 19
Robert Austin Henry, Joana Salém Vasconcelos y Viviana Canibilo Ramírez

Cultura y feminismos

Unidad Popular: genealogías feministas interseccionales 31
Kemy Oyarzún V.

Educación y democratización en tiempos de crisis.
Alcances contemporáneos de la experiencia de la Unidad Popular 63
Leonora Reyes-Jedlicki, Luis Osandón-Millavil
y Fabián Cabaluz-Ducasse

Producción literaria y editorial durante la Unidad Popular 91
Matías Ayala Munita

Tesis sobre educación y cultura del proceso popular chileno (1970-1973)..... 109
Taeli Gómez Francisco y Juan Rubio González

Mujeres en la Unidad Popular: caminos de liberación127
Sandra Palestro Contreras

Lucha popular y derechos

Los trabajadores y el sentido del socialismo en democracia.....145
Márcia Cury

Voz del “poder popular”, voz del aparato estatal.
Dialéctica sociopolítica y tiempos rotos de la “vía chilena
al socialismo” (1970-1973)..... 161
Franck Gaudichaud

La Historia es nuestra y la hacen los Pueblos179
Ximena de la Barra

Imperialismo y desarrollo del sistema sanitario chileno desde la UP.
Intervencionismo de Estados Unidos en América Latina:
apuntes para su comprensión201
Felipe Rodríguez Ulloa y Catalina Ganga-León

“¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores!”
La Unidad Popular y el protagonismo de los trabajadores221
Sandra Castillo Soto

Poder y partidos

Movimiento de Izquierda Revolucionaria y su lectura sobre la
Unidad Popular después del golpe de Estado de 1973241
María Olga Ruiz

El Grupo de Amigos Personales..... 263
Patricio Quiroga Z.

Luchas sociales y alianzas políticas.
Actualidad de la epopeya de la Unidad Popular..... 283
Carlos Ruiz Encina

Diálogos de Fidel Castro y Regis Debray con la vía chilena al socialismo. Legitimidad revolucionaria para el proyecto de la Unidad Popular301
Manuel Fernández Gaete y Roberto Ávila Carrera

La “Vía Chilena al Socialismo”. El largo recorrido desde el Frente de Acción Popular a la Unidad Popular 319
Isabel Torres Dujisin

Economía y reforma agraria

Revolución rural y protagonismo campesino (Chile, 1967-1973)339
Eugenia Palieraki

Economía y correlación de fuerzas en el gobierno de Allende 1970-1973..... 361
Orlando Caputo y Graciela Galarce

El campesinado y la política agraria de la Unidad Popular (1970-1973).
Las políticas agrarias en los años 1960 y 1970 397
Jacques Chonchol

La “vía marítima” al socialismo. El transporte marítimo de comercio exterior como límite geoeconómico de la Unidad Popular en el sistema-mundo capitalista, 1970-1973 415
Luis Garrido Soto

Revolución chilena y batalla de la producción agraria.
Sabotajes patronales y estímulos al trabajo campesino..... 439
Joana Salém Vasconcelos

Luchas indígenas y territorio

¿Revolución campesina o levantamiento mapuche?
Tensiones en La Araucanía durante la revolución socialista 1970-1973 469
Fernando Pairican, Marie Juliette Urrutia y Claudio Alvarado Lincopi

Movimiento Campesino Revolucionario. Luchas mapuche,
política de clase y 'proyecto socialista' durante el gobierno
de la Unidad Popular (Cautín, 1970-1971) 495
Jaime Navarrete Vergara

De corridas de cerco al control territorial. Panorámica de la
resistencia mapuche durante tres décadas, del Movimiento Campesino
Revolucionario a la Coordinadora Arauko-Malleko (1970-2002)..... 521
Filip Escudero Quiroz-Aminao y Paula Malhue Torres

Cambio generacional mapuche y Unidad Popular539
José Luis Cabrera Llancaqueo y Pedro Canales Tapia

Pueblo mapuche: entre la Unidad Popular y los primeros
años de la dictadura cívico-militar (1969-1978)..... 561
Sergio Caniuqueo Huircapan

Imperialismo y contrarrevolución

Las derechas en la calle: el boicot a la "Vía chilena al socialismo" 601
Aníbal Pérez Contreras

El rol de Estados Unidos en el derrocamiento del presidente Allende,
según el Informe Church.....619
Luis Corvalán Márquez

Chile, 1970-2020: revolución, golpe, dictadura y... ¿revolución?635
Xabier Arrizabalo Montoro

Estados Unidos, Escuela de las Américas y la cuestión militar en Chile... 667
Pablo Ruiz y Robert Austin H.

Sobre los autores, las autoras y compiladores..... 697

Voz del “poder popular”, voz del aparato estatal

Dialéctica sociopolítica y tiempos rotos
de la “vía chilena al socialismo” (1970-1973)

Franck Gaudichaud

La discordancia de los tiempos sociales y políticos o las relaciones (y tensiones) existentes entre la “voz de los movimientos” y la “voz de la institucionalidad” (Dechezelles, Stéphanie y Luck, Simon, 2011) es un dato capital de los “mil días” de la Unidad Popular (UP). Durante este período de “fiesta, drama y derrota”, como lo dijera Tomás Moulian, se conjugan claramente lo que el filósofo marxista Daniel Bensaïd (1995) describía como momentos de aceleración brusca (“*les hoquets du temps brisé*”) del conflicto de clase.

De noviembre de 1970 a septiembre de 1973, del impulso nacido de la participación de los trabajadores en el sector estatizado, orientado por el gobierno, al desbordamiento de las direcciones de los partidos de izquierda; de la crisis del aparato sindical hasta el surgimiento de los cordones industriales; de los intentos de abastecimiento directo en los barrios periféricos a la movilización de algunos campamentos, asistimos a diversos sobresaltos de autoorganización y a varios

destellos autogestionarios. Esta epopeya del movimiento popular corresponde a una batalla colectiva, en plena Guerra Fría, llevada en condiciones (locales, nacionales y mundiales) adversas. Los relatos de vida permiten restituir la dimensión microsocial de esas luchas y entrever lo que pasó en una fábrica, un sindicato o durante la asamblea de un Cordón Industrial, es decir, comprender de qué modo la acción colectiva, las emociones y vivencias, los compromisos individuales se combinaron con el enfrentamiento político global. En consecuencia, son varios los niveles de análisis que se deben abordar si se quiere restituir toda la lógica dialéctica del movimiento obrero y popular o de los numerosos debates que atraviesan a las izquierdas.

Expondremos aquí brevemente algunas de las conclusiones generales que hemos sacado de nuestros estudios sobre “poder popular” y cordones industriales en Chile. Por lo tanto, no pretendemos cubrir todos los aspectos del período, dejando de lado incluso algunos temas esenciales, entre ellos el enfrentamiento central con Estados Unidos y la Guerra Fría interamericana, la situación de lucha agraria en el campo, la reorganización de las derechas o el campo cultural y mediático, entre otros. Centrándonos en las organizaciones sociales urbanas, obreras y sindicales, el *flujo de conflictos* de estos mil días puede dividirse en varios *episodios* que unen diversas *secuencias de interacciones conflictivas* (siguiendo a: Tarrow, Sidney y Tilly, Charles, 2015) en el curso de las cuales se confirman formas diferentes, incluso asimétricas, pero combinadas, de participación de las clases subalternas y de los agentes movilizados en el proceso del cambio social. De modo permanente, lo que se plantea es la cuestión de la interfaz, este ir y venir diacrónico, entre el movimiento popular, el campo sindical, el Estado y los partidos políticos que buscan representar los intereses de las capas sociales subalternas. En gran medida, esta articulación determina el ritmo de desarrollo y reflujo, la respiración de los intentos de autoorganización obrera y de pobladores. Para Hannah Arendt (1988), la gran contradicción del siglo pasado sería precisamente de este orden: “El conflicto entre estos dos sistemas, el de partidos y el de consejos, ocupó un lugar privilegiado en todas las

revoluciones del siglo XX. Lo que se ponía en juego era el problema de la representación frente a la acción y la participación”.

La dinámica del poder popular confirma, aunque solo en cierta medida, este análisis pesimista de la filósofa alemana, muy marcada por el impacto del estalinismo en Europa. ¿Cómo no considerar el hecho de que casi siempre, la transformación social pasa por una articulación entre campo político y movimiento social donde intervienen compromisos partidarios y movilizaciones colectivas? Es lo que confirma la experiencia chilena. Es ahí también, es cierto, donde quizá fracasó... Sin embargo, es innegable que son las y los militantes de las organizaciones políticas y sindicales quienes permiten al poder popular estructurarse mejor, permanecer en el tiempo, cambiar de escala. Esos activistas “multiposicionados” (en partidos, sindicatos y colectivos), no se proponen defender únicamente reivindicaciones transitorias, sino crear formas de coordinación territorial que fueran los gérmenes de una sociedad futura y la base de un socialismo revolucionario democrático.

Durante el gobierno de Allende, los aparatos políticos que acompañan las acciones colectivas protestatarias están representados mayoritariamente por los partidos que componen la UP (principalmente el Partido Comunista, PC, y el Partido Socialista, PS). Es decir, son organizaciones partidarias de izquierda que controlan el poder ejecutivo, una parte (aunque minoritaria) del Parlamento y, durante todo el período, que dirigen o coordinan a una amplia fracción del sindicalismo y del movimiento de pobladores. Estos partidos organizan y se apoyan sobre luchas sociales y populares que hacen explosión –literalmente– en todo el país, a partir de 1970. Paralelamente, el objetivo táctico de la izquierda gubernamental es lograr apoyarse en la creatividad popular y también canalizar los agentes sociales movilizadas en torno al programa “etapista” de la revolución institucional y no armada. Esto sucede al mismo tiempo que las acciones colectivas entran en un curso ascendente, extremadamente difícil de contener en dichos límites. Así, como en la mayoría de los fenómenos revolucionarios, este pequeño y largo país del Cono Sur vive una

dinámica de desbordamiento, no solo de los partidos de izquierda, sino también del conjunto de los poderes instituidos de representación política o mediación social. Al principio, en una relación muy estrecha, casi simbiótica, que podríamos calificar de heterónoma, se va revelando una diferenciación cada vez más clara entre el espacio del movimiento obrero y el campo partidista. Finalmente, en el curso de esos mil días, se traslapan formas de “poder popular institucionalizado” (bajo control del gobierno) con diversas variaciones de lo que propusimos llamar “poder popular constituyente” surgidas desde la base. En una visión sincrónica, podemos identificar, concluyendo este trabajo, tres grandes secuencias.

Avances, conquistas, retrocesos de los cordones industriales y del “poder popular”

La primera secuencia va desde la elección de Allende hasta el gran paro patronal organizado por la oposición, en octubre de 1972. Está marcada por una fuerte identificación entre la UP y su base social. El gobierno se apoya decididamente en el asalariado organizado y favorece las movilizaciones colectivas, masivas, festivas y entusiastas en todo el país. Lanza un vigoroso programa de reformas democráticas, de redistribución de la riqueza y pone término a la represión estatal en contra de los movimientos sociales, creando así una estructura de oportunidades políticas abierta. Es la noción de participación institucional la que prevalece: Comités de la UP, comités de abastecimiento (JAP), sistema de participación de los trabajadores en el sector estatizado, comités de vigilancia de la producción en el sector privado. Se trata de una participación impulsada y dirigida desde el Estado, restringida a ciertas capas sociales específicas sobre las cuales el gobierno busca apoyarse prioritariamente. Rápidamente, varias iniciativas de este tipo fracasan o no tienen continuidad en el tiempo. Es el caso de los Comités de la Unidad Popular (CUP) que dejan de existir por la falta de un proyecto político concreto más allá

de la campana electoral; otras muestran sus límites, como las JAP, las que, a pesar de su real contribución al combate en contra del mercado ilegal, no alcanzan a tener un poder real; o los comités de vigilancia del sector privado, que no logran constituirse efectivamente por miedo de gatillar la furia de la pequeña y mediana burguesía (y con ellos de la Democracia Cristiana, DC, en el congreso). Por otra parte, el proyecto de la UP tiene rasgos de productivismo, en el sentido de que insiste mucho en la “batalla de la producción”, a veces, en detrimento de la importancia de la praxis participativa del conjunto de las clases populares movilizadas.

No obstante, el gobierno también innova en muchos aspectos en el plano democrático-social. Una de las grandes medidas emblemáticas de la UP, con el apoyo de la CUT, a favor de una transformación progresiva de las relaciones sociales de producción, es implantar un sistema de participación y de cogestión en las empresas estatizadas. La constitución (y ampliación) del Área de Propiedad Social (APS) es una originalidad democrática de este período. Es también una de las piedras de tope para la izquierda, ya que acentúa el contenido y la radicalidad de los conflictos entre capital y trabajo, al mismo tiempo que se constituye en un rico ensayo de apropiación social de la esfera productiva por parte de las y los asalariados. Recordemos que son finalmente más de 400 empresas las que conforman el APS en 1973, de las cuales más de 260 son requisadas bajo presión de los trabajadores. Según el lugar y la empresa, a pesar de los numerosos avances en términos de liberación del trabajo e inventividad en términos de participación, es cierto que se mantienen varias formas de *heterogestión* y, a veces, un paternalismo alejado de la gesta autogestionaria deseada por algunos militantes obreros (*Espinosa y Zimbalist, 1978*). Igualmente, la difícil cuestión de la propiedad de las empresas nunca es resuelta por el gobierno, ya que tiene que enfrentar un Parlamento mayoritariamente hostil y un aparato judicial conservador que rechaza el derecho a estatizar y controlar la economía.

Progresivamente, la energía liberada por esta “revolución desde abajo” se expande, por capilaridad, desde los sectores obreros más

organizados hacia las capas populares subalternas. La extensión y difusión de la acción colectiva a un sujeto social cada vez más amplio se vuelve en contra del proyecto de reformas institucionales y graduales de la UP. Los dirigentes sindicales de las medianas empresas mantenidas por el gobierno en el sector privado, los pobladores vinculados al ala rupturista de la izquierda, los militantes en general jóvenes y críticos hacia sus direcciones políticas, se convierten en líderes de un movimiento donde se mezclan, de un modo fecundo, renovación generacional, identidades populares insurreccionales y radicalización política. Indudablemente, en las bases de este desarrollo encontramos una modernización acelerada de las fuerzas productivas que cada vez más se sienten aprisionadas en el marco de relaciones sociales de producción a menudo, arcaicas.

El segundo respiro del poder popular toma impulso con el paro de octubre de 1972 y termina en junio de 1973. El rasgo esencial de esta etapa es el surgimiento de organizaciones independientes del ejecutivo, tales como los cordones industriales y, en menor medida, los comandos comunales y diversos comités vinculados al movimiento de pobladores. En esta etapa aparece con fuerza el movimiento de pobladores como parte fundamental del poder popular urbano. Varias experiencias colectivas llevadas a cabo por estos agentes sociales demuestran la importancia de sus movilizaciones y cómo logran interpelar al Estado central sobre su situación en lo relativo al transporte, vivienda, salud, etc. El caso del campamento Nueva Habana es, en este sentido, simbólico, aunque haya sido una excepción (Cofré, 2007). Este ensayo de barrio autogestionado representa un verdadero embrión de poder popular local. Sin embargo, y al igual que otros sectores del movimiento de pobladores, sus habitantes se mantienen insertos en una lógica bastante verticalista en sus relaciones con los cuadros del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). En cuanto a la aparición de los “comandos comunales”; reivindicados por el MIR y que buscaban articular obreros, pobladores, estudiantes y “pobres de la ciudad y del campo, si bien permite confirmar la tendencia a la unidad de los sectores subalternos (que se acelera

durante el paro de octubre de 1972), podemos concluir que su real praxis ha sido al final limitada, en parte, por falta de tiempo.

A partir de mediados del año 1972, la UP debe moverse en un contexto de grave crisis económica en la que se retroalimentan inflación y mercado ilegal, conscientemente organizados por la burguesía y la oposición, con el apoyo activo de la CIA y de Washington (Kornbluth, 2003). Las clases dominantes, después de haber centrado sus ataques en el gobierno, se preparan para actuar decididamente fuera del marco institucional. Producto de esta acumulación de tensiones, se dibuja una inquietante división dentro del gobierno, entre un sector “rupturista” y un polo más moderado. El fenómeno queda claramente de manifiesto con los sucesos de la Asamblea de Concepción (julio de 1972), duramente condenada por Allende y el PC, líderes del ala “gradualista”. Pero, es sobre todo el creciente desfase entre, por una parte, el gobierno, las direcciones de los partidos y, por la otra, los trabajadores y algunos militantes de base, lo que marca la crisis de representación que vive el conjunto de la izquierda partidaria. El aumento exponencial de las movilizaciones obreras no podía dejar de estremecer a la CUT, incluso si esta logra mantener una estabilidad de fachada durante las elecciones sindicales nacionales de mayo de 1972. Frente a la rápida ofensiva de la oposición, a las crecientes dificultades del gobierno (atacado desde el interior, pero también por la violencia de la estrategia desestabilizadora de Washington), a la integración progresiva de la CUT al aparato estatal, algunas fracciones del movimiento popular y obrero buscan nuevas formas de expresión autónomas. La gran huelga patronal y el “octubre rojo chileno” es, en ese sentido, una verdadera prueba de fuego. Asistimos a la creación de múltiples autoorganizaciones, donde se combinan la actividad de varias capas sociales en un gran movimiento destinado a defender el gobierno, pero que también sobrepasa ampliamente los límites del programa de la izquierda parlamentaria. El sistema institucional en el cual se fue progresivamente estancando la UP aparece de repente obsoleto. El gobierno y la CUT se ven paralizados ante el vigor

de la ofensiva y es fundamentalmente desde la base que surge la resistencia, otorgándole –temporalmente– consistencia a las consignas de poder popular. A nivel de la industria, estas coordinaciones de carácter horizontal y territorial responden masivamente al boicot patronal con una ola de tomas de fábrica y, en algunos casos, con la reorientación del aparato productivo bajo control obrero. Esta autodefensa obrera se adecúa a la movilización en el seno de las empresas del APS. Así, varios *cordones industriales en sí*, que existen en el paisaje urbano de las grandes ciudades, se autoorganizan sobre bases políticas radicales e intentan constituirse en tanto que *cordones industriales para sí* en el marco de espacios de lucha bien determinados, muy anclados localmente. Son el resultado de “un conjunto de procesos moleculares de unificación interna del movimiento obrero” que sobrepasa el carácter corporativista de los sindicatos y de la división social del trabajo (Cruz Salas, 1999).

La descentralización de la actividad política es tal y la dinámica de socialización y de intermediación de las acciones colectivas tan importante, que de sujetos pasivos en el marco de un proceso de reformas por etapas, sectores completos de las capas dominadas pasan a “la condición de sujetos determinantes en el mundo material y social que les rodea” (Smirnow, 1979). Nos encontramos claramente frente a una “coyuntura fluida” de profunda crisis política, tal como la teoriza Michel Dobry (2009). Sin embargo, después de cada episodio de *dessectorización del espacio social*, los órganos embrionarios de poder popular se ven atrapados entre su fidelidad a Allende (quien les pide respetar sus compromisos institucionales) y el deseo de mantener la presión social para hacer avanzar la transición. Esta indecisión los lleva a un período de reflujo, de desmovilización y nueva separación entre los diversos agentes en lucha (obreros, pobladores, estudiantes, etc.) alimentado, además, por las numerosas divisiones de la izquierda. Al final, el poder popular se “entrega” a Allende y sus posibilidades –limitadas– de acción desde el Estado (como lo muestra la famosa carta, desesperada, de los cordones de Santiago, fechada el 5 de septiembre de 1973).

Rápidamente, el gobierno retoma el control de la situación y canaliza su base militante, muy activa en los embriones de poder popular. El presidente de la República adopta entonces, una inestable posición de moderador de los conflictos sociales, se lanza en interminables negociaciones con la DC (cada vez más a la derecha) y busca frenar las opciones de poder popular constituyente, en la medida que estas cuestionan sus compromisos legales. Esta táctica se sostiene también en la integración creciente del aparato sindical al Estado y por una invitación apremiante a las Fuerzas Armadas para que sus más altos oficiales ocupen cargos en la gestión pública. Asumiendo este rol de árbitro *sui generis* del conflicto de clase, la fracción moderada de la UP –especialmente el PC– condena vigorosamente el “izquierdismo” de las tomas de fábricas, acusando al MIR de ser su instigador. Pero, el “compañero Presidente” tiene también la inteligencia política de admitir el rol esencial jugado por la autoorganización del movimiento popular, reconociendo específicamente a los cordones industriales por sus acciones decisivas. Jugando a dos bandas, la UP estatiza empresas decididamente, designa interventores al mismo tiempo que deja fuera de su proyecto de participación directa a los trabajadores de numerosas empresas del sector privado ocupadas, pero juzgadas “no estratégicas”. Identificamos la misma lógica en lo que se refiere al problema del abastecimiento y a las relaciones del ejecutivo con el movimiento de pobladores. De ahí, las numerosas marchas de los campamentos en el centro de la capital y en provincia, o también, la aparición de comandos de abastecimiento directo, destinados a denunciar la falta de iniciativas gubernamentales en la esfera de la circulación de mercaderías.

Rumbo hacia el abismo: hacia el golpe de Estado

Esta dinámica de péndulo que deja insatisfechas numerosas reivindicaciones populares y que tampoco reconforta a las capas medias y superiores de la sociedad, se reproduce durante la tercera secuencia

de las políticas del conflicto de la UP, es decir, a partir del intento de golpe de junio de 1973 (el “Tanquetazo”). A esta fecha, la contrarrevolución ya está en marcha. La figura tutelar de los militares se vuelve omnipresente en todos los niveles y la relación general de fuerzas se degrada considerablemente para los militantes y el movimiento social. La izquierda parlamentaria no quiere apoyar un poder popular que podría hacer surgir una *dualización de poder* (o poder dual), en relación con las instituciones vigentes (como lo reclama el MIR). El debate sobre el poder popular está en su apogeo y el conjunto de las organizaciones políticas del país reconoce su fuerza potencial, sea para condenarlo en nombre del peligro de la “dictadura marxista”, sea para intentar canalizar su fuerza. Más que nunca, los cordones industriales proyectan una imagen deformada en la escena política nacional, alimentada por algunos periódicos cercanos a la izquierda “rupturista” y que no tiene relación con sus verdaderas capacidades de movilización.

El poder popular y obrero posee, sin embargo, un repertorio de acción colectiva amplio y diversificado, bastante clásico pero muy vigoroso, que le permite afirmarse como un actor central del conflicto de clase. Algunas jornadas de movilización son incluso excepcionales, como las de junio y julio de 1973. Sin embargo, ver “*soviets* a la chilena” en los cordones industriales es más bien una ilusión heroica militante a posteriori o, en un sentido político opuesto, la marca del discurso pinochetista que para justificar el golpe menciona el “ejército paralelo” de “los cordones de la muerte” (sic). Los cordones no cuentan con una organización permanente y democrática, basada en delegados elegidos en asamblea de fábrica (y bajo su control) que representen a los miles de trabajadores de su zona. De hecho, la participación política de la mayor parte de la clase obrera y del movimiento social urbano ha sido solo garantizada en coyunturas determinadas y defensivas (paro de octubre, “Tanquetazo”). Una vez la situación estabilizada, la gran mayoría de los asalariados se resitúan bajo la orientación gradualista del gobierno, que sigue representando la esperanza de reformas radicales. Entre tanto, las actividades de

los órganos de poder popular son mantenidas gracias a la ardua labor de algunas minorías militantes activas, algunos cientos de individuos, a menudo, ellos mismos comprometidos políticamente con los partidos de gobierno. En esas condiciones, la estructuración de “comandos comunales de trabajadores” que articulen un amplio bloque social y en condiciones de hacerse cargo democráticamente de la gestión de una comuna, de una provincia, solo ha sido una ilusión. Los caudillismos políticos, las prácticas *sustitucionistas* de los partidos también afectan la dinámica democrático-horizontal del poder popular. El distanciamiento, las asimetrías simbólicas o culturales, entre dirigentes y obreros, entre cuadros militantes y pobladores, las dominaciones de género (entre hombres y mujeres), son elementos que también pesan.

Así, divisiones históricas y sectorización del movimiento social (dentro de la clase obrera, entre el movimiento obrero y los pobladores, entre dirigentes políticos y base social), el patriarcado, las desigualdades culturales o económicas, son un freno para este gran movimiento de emancipación que encarnaron estos mil días revolucionarios. Los intentos de coordinación provincial de los cordones son demasiado tardíos y cortocircuitados por las divisiones de la izquierda, y principalmente, por un debate sin fin sobre la relación tumultuosa entre la CUT y el poder popular. Como lo subraya el historiador Hugo Cancino (1988):

Las tentativas de coordinación de los nacientes órganos de Poder Popular, solo se lograron en un ámbito provincial, en Santiago, y a nivel de los cordones industriales. Empero, la capacidad de convocatoria, movilización y efectividad orgánica de esa coordinación no puede sobrevalorarse. Se trataba de un esbozo por lo demás, tropezó con múltiples obstáculos en cada uno de los sectores geográficos del Gran Santiago. Dichos obstáculos se arraigan en las desiguales relaciones de fuerza entre los partidos socialista y comunista y las diferentes tendencias o grupos caudillezcos dentro del PS que a veces se disputaban parcelas o sectores de poder en el movimiento obrero.

Desde fuera de la UP, el MIR participa activamente y, en la medida de sus posibilidades, en las movilizaciones. Con vehemencia, sus militantes buscan construir un “poder dual” que se constituiría en la célula de base de la nueva sociedad por venir. El MIR, sin embargo, subestima la importancia de las iniciativas de centralización de los cordones industriales para el curso de la lucha de clase. La joven organización revolucionaria, que se mantiene minoritaria, se posiciona fundamentalmente en el campo político como una fuerza de presión sobre el ejecutivo (en particular el PS de Carlos Altamirano), pero es incapaz de encarnar una alternativa válida para amplios sectores del movimiento obrero. Paralelamente, el aparato de la CUT busca integrar bajo su dirección a los cordones industriales, mientras los dirigentes comunistas multiplican las maniobras para lograr arrancarlos de las manos del PS y de los “ultraizquierdistas”. Atemorizados por una dinámica libertaria de “desborde” que no controla, el partido fundado por Luis Emilio Recabarren no alcanza a considerar esta dimensión del movimiento obrero-popular, distante de su concepción monolítica y “vanguardista” de la acción colectiva revolucionaria. El PS, por su parte, heredero de su historia de partido-movimiento policlasista, toma progresivamente el liderazgo de numerosos órganos de poder popular, gracias a jóvenes militantes provenientes de algunos comités regionales muy comprometidos, no sin una buena dosis de oportunismo. De ahí, la postura ambigua de algunos dirigentes socialistas: muy comprometidos, critican duramente a “su” gobierno y radicalizan las acciones y demandas de los cordones, pero en momentos clave, son los principales moderadores del entusiasmo de los trabajadores para volverlos al regazo institucional allendista.

En el transcurso de estos tres tiempos discordantes del poder popular, se encuentra implícitamente la relación dialéctica entre lo que algunos investigadores han llamado la “revolución desde abajo” (se trata, en realidad, de la autoorganización de los sectores populares) y la política de “reformas revolucionarias” de Salvador Allende. No se trata de una dicotomía simple, ni de un proceso cosificado,

cristalizado. Si el concepto de “revolución desde abajo” del historiador Peter Winn (2013) ha permitido efectivamente hacer avanzar nuestra visión historiográfica, no se puede utilizar esta noción aislada o mecánicamente, separado de su contexto y de sus relaciones orgánicas y dialécticas con la UP, con los partidos, con la militancia y con las reformas públicas encabezadas por Allende. Sin ninguna duda, esas relaciones mutuas permiten, en un primer momento, la victoria electoral de la izquierda, pero también el éxito de las primeras reformas gubernamentales, la politización de las y los subalternos y el inicio de una transformación social “explosiva”. Sin embargo, una vez que el marco institucional es desbordado por las clases populares movilizadas hasta entonces al margen de la participación política tradicional, esta articulación sociopolítica se convierte en foco de tensiones y contradicciones. El “constitucionalismo terco” de la UP, su situación de minoría en el Parlamento y dentro del aparato estatal (hecho político fundamental), una confianza desmedida en el “legalismo” de las Fuerzas Armadas, explican que el gobierno haya aceptado ese rol de equilibrista, de árbitro del conflicto de clase. Un ejecutivo que, por ejemplo, está paralizado en el momento de la aplicación por parte de los militares de la “ley de control de armas” en contra del movimiento obrero y que incluso tolera el arresto (y la tortura) de los marinos antigolpistas de Valparaíso (Magasich, 2008). Salvador Allende, fiel hasta la muerte a sus principios y a sus promesas de democratización antimperialista pacífica, intenta hasta las últimas consecuencias mantener equilibrios inestables para impedir una ruptura del orden constitucional. En estas condiciones, ninguna vía de escape se presenta con suficiente fuerza para liberar a los “poderes populares constituyentes” de esta relación de dependencia con el Estado y con la estrategia legalista de un gobierno atrapado en un dilema dramático.

Elementos de conclusión. ¿Un proceso revolucionario sin dualidad de poder?

Más allá de su diversidad y de sus contradicciones, el poder popular urbano puede definirse como un “poder en movimiento” en el sentido en que lo entiende el politólogo Sidney Tarrow. Y, como bajo otras latitudes, “no puede ser comprendido sin que sea tomada en cuenta la centralidad de la oposición capital-trabajo, en el seno de las sociedades capitalistas contemporáneas” (Béroud *et al.*, 1998). Desde un punto de vista epistemológico, estas políticas del conflicto de gran amplitud subrayan que sería iluso querer segmentar al extremo los conceptos de movimiento popular, movimiento obrero, lucha de clases, acciones colectivas, partidos y procesos revolucionarios, tratando de separar unos para mejor apartar otros. Al contrario, períodos como el de la UP recuerdan la lógica ininterrumpida, aunque diacrónica, de los grandes conflictos sociales y políticos. Charles Tilly, a propósito de las revoluciones europeas, ha subrayado que, desde la huelga hasta la constitución de un episodio revolucionario, el camino es tortuoso y que –la mayoría de las veces– ha terminado en violentas derrotas. Según Tilly (2000), en el curso de tales experiencias colectivas excepcionales, conviene distinguir dos etapas fundamentales: la “situación revolucionaria” (*revolutionary situation*) y el “resultado revolucionario” (*revolutionary outcome*). También se debe reconocer el grado de división de la comunidad política y la amplitud de la transferencia de poder en el transcurso de este proceso. Si nos basamos en estos criterios, podemos afirmar que durante la UP decanta una *situación revolucionaria* por el hecho de la importante movilización y división de la sociedad civil, por la profundidad de la crisis del régimen político, así como por el peso de las fracciones de la población que aspiraban a una transformación social radical. Sin embargo, aunque se reúnen estas condiciones, ello no significa mecánicamente un *resultado revolucionario*, es decir, y siempre a partir de la grilla de análisis de Tilly, una ruptura del aparato estatal, la neutralización de las Fuerzas Armadas y una transferencia de poder

a manos de las fuerzas revolucionarias. En esa perspectiva, podemos afirmar que el poder popular y obrero no representan órganos de doble poder en el pleno sentido marxista del término. O, dicho de otro modo, los órganos de poder popular constituyente se quedan en una fase de desarrollo local, la mayor parte del tiempo, en una etapa embrionaria sin llegar a conformar las células de base de la nueva organización política revolucionaria, que vacila en gestarse. Sin embargo, una poderosa tendencia a la autogestión, al control obrero y a la democracia directa existe en Chile durante estos tres años. Estos organismos de poder popular encarnan una posibilidad no advenida del proceso revolucionario del país andino, una bifurcación y un “salto” en devenir. Podemos identificar un potencial autogestionario en marcha en la periferia de las grandes ciudades y, en el curso del último año de la UP, un principio de *dualización de poder* que desemboca, como en la España de la década de 1930 o en otras situaciones revolucionarias latinoamericanas, en la multiplicación de consejos obreros y campesinos.

Como lo ha señalado René Zavaleta Mercado (1974) “los partidos no se iban a los cordones abandonando el poder ‘oficial’ sino que existían a la vez en el poder oficial y en los cordones”. Un punto importante olvidado durante mucho tiempo se sitúa precisamente aquí: más allá de sus divisiones, el conjunto de la izquierda partidaria y amplias fracciones del movimiento popular comparten una *concepción profundamente estatista del cambio social* (Gramsci habla de “estadalatría”). Para la UP, el “Estado de compromiso” no es considerado un obstáculo para su estrategia de transición sino más bien al contrario, como una de sus herramientas fundamentales. Esta “visión estatista” o *estadocentrada* proviene de un conjunto de tradiciones ideológicas y culturales, de percepciones heredadas de una formación sociopolítica que se forjó en el curso de la década de 1920 al servicio de una oligarquía preocupada por el avance de la “cuestión social”. A pesar de varios elementos de ruptura, el proyecto de la UP se inscribe, como lo afirman los historiadores Gabriel Salazar y Julio Pinto (1999), en la línea de esos proyectos “nacionalistas-desarrollistas”. El sueño

inconcluso de Salvador Allende es intentar combinar esta herencia con un programa de transición al socialismo como prolongación del período anterior, pero sobre todo como su superación gracias a la participación de las clases populares organizadas. Sin embargo, en esas condiciones, los órganos de participación gubernamentales y los poderes populares embrionarios, surgidos desde la base, se encontraron muy pronto maniatados “en la jaula liberal tendida desde 1925 por la Constitución Política” y en una “la crisis terminal del Estado”.

Por su parte, las clases dominantes –con la potente ayuda material, financiera e ideológica del gobierno Nixon– logran progresivamente sobreponerse a sus divisiones y tomar consciencia de que el corazón del problema ya se encontraba situado fuera del campo institucional y parlamentario. Casi instintivamente, comprenden que ya no se trata de conservar un pacto social forjado en el marco del Estado de compromiso sino de defender, a cualquier precio y apoyándose en las Fuerzas Armadas, la propiedad privada de los medios de producción y sus intereses de clase. Es precisamente aquí que se sitúa, a lo largo de todo el siglo XX, la “frontera de la democracia” chilena, como lo ha demostrado el politólogo Juan Carlos Gómez (2004).

Se revela así, desde la década de 1930 hasta el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, un *continuum institucional relativo*, acompañado de la presencia combinada de una *discontinuidad social sostenida*, jalonado por luchas sociales explosivas y diferentes dispositivos de represión y control social (De Riz, 1976). Y es también en una trayectoria histórica aún más vasta que se inscriben los poderes populares constituyentes de la UP. Al intentar conectarlos con los diversos momentos de independencia de clase y de autoorganización colectiva de la historia social del país, nos reenvían a otras experiencias como, por ejemplo, la Asamblea Obrera de la Alimentación Nacional de 1918-1919 o incluso las “sociedades de resistencia” de fines del siglo XIX. También nos habla del Chile actual, de las “fisuras” de su modelo neoliberal “maduro” (Gaudichaud, 2015) y de la reciente rebelión

popular del 2019 que hacen de nuevo temblar las grandes alamedas, a 50 años de la victoria de Salvador Allende.

Referencias

- Arendt, H. (1988). *Sobre la revolución*. Madrid: Alianza editorial.
- Bensaïd, D. (1995). *La discordance des temps: essais sur les crises, les classes, l'histoire*. París: Les Éditions de la Passion.
- Bérout, S., R. Mouriaux y Vakaloulis. (1988). *Le mouvement social en France*. París: La Dispute.
- Cofré, B. (2007). *Campamento Nueva La Habana: el MIR y el movimiento de pobladores 1970-1973*. Concepción, Chile: Escaparate.
- Cancino, H. (1988). *La problemática del Poder Popular en el proceso de la vía chilena al socialismo 1970-1973*. Aarhus: Åarhus Press.
- Cruz Salas, L. (1999). Estado, partidos y movimiento obrero, en L. Vitale (ed.). *Para recuperar la memoria histórica. Frei, Allende, Pinochet*. Chile: Ed. Chile América-CESOC, 410-411.
- Dechezelles, S. y S. Luck, (dirs.). (2011). *Voix de la rue ou voix des urnes ? Mouvements sociaux et partis politiques*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes.
- De Riz, L. (1976). La lucha de clases en la sociedad chilena: hipótesis para su interpretación. *Revista Mexicana de Sociología* 38(1), 127-149.
- Dobry, M. (2009). Sociologie des crises politiques. La dynamique des mobilisations multisectorielles. *Presses de Sciences Po*.

Espinosa, J. G. y A. S. Zimbalist. (1978). *Economic Democracy: Workers' Participation. Chilean Industry, 1970-1973*. Academic Press.

Gaudichaud, F. (2004). *Cordones industriales y poder popular. Testimonios sobre el movimiento social urbano (197-1973)*. Santiago: Lom Ediciones.

Gaudichaud, F. (2015). Las fisuras del neoliberalismo maduro chileno. CLACSO. www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana/contador/sumar_pdf.php?id_libro=1053.

Gaudichaud, F. (2016). *Chile 1970-1973. Mil días que estremecieron al mundo*. Santiago: Lom Ediciones.

Gómez, J. C. (2004). *La frontera de la democracia. El derecho de propiedad en Chile. 1925-1973*. Santiago: Lom Ediciones.

Kornbluth, P. (2003). *The Pinochet File: A Declassified Dossier on Atrocity and Accountability*. Nueva York: The New Press.

Magasich, J. (2008). *Historia del movimiento de los marinos antigolpistas de 1973*. Santiago: Lom Ediciones.

Salazar, G. y J. Pinto. (1999). *Historia contemporánea de Chile*. Chile, Tomo 1. Santiago: Lom Ediciones.

Smirnow, G. (1979). The Revolution Disarmed: Chile, 1970-1973. *Monthly Review Press*.

Tarrow, S. y C. Tilly. (2015). *Politique(s) du conflit*. Presses de SciencesPo.

Tilly, C. (2000). *Las revoluciones europeas. 1492-1992*. Barcelona: Crítica.

Winn, P. (2013). *La revolución chilena*. Santiago: Lom Ediciones.

Zavaleta Mercado, R. (1974). *El poder dual en América latina*. México: Siglo XXI.